

Despedida A Marta Brunet



Desde la serenidad de una mirada que daba reposo a las cosas que veía o recreaba, Marta Brunet fue una apasionada observadora de nuestro mundo, de la crudeza de nuestros caracteres y paisajes; una animadora de historias sobrecogidas de sencillez, tensas de conflicto. Desde el áspero criollismo de sus primeras obras a la exploración anímica de sus personajes urbanos, en las últimas, sus novelas y cuentos están estremecidos de energía. Ella, mujer sutil, armoniosamente femenina, pudo, sin embargo, penetrar en reinos al parecer contrarios y fundirse, con imaginación cargada de realidad, en vidas extrañas a ella. No sin causa se ha hablado a propósito de sus poderes de una cierta magia o vista interior, que la llevaba a descubrir situaciones y caracteres, vívidos hondamente en una experiencia imaginaria.

Hace 40 años, Gabriela Mistral escribió de sus criaturas: "un poco tiernos, un poco feroces, casi siempre brutales en el amor como en el aborrecimiento; puros, sobre el

suelo del instinto que es el suyo, y dueños, de tarde en tarde, de una dulzura inaudita que les brota de la piedra desnuda de su fuerza".

Es motivo de asombro advertir que toda esa carga expresiva trazara en el dibujo de su obra tan vigoroso friso de figuras y ambientes que coinciden con los seres descarnadamente reales de una tierra que era justamente la suya, la nuestra. Marta Brunet realizó este raro equilibrio de realidad y fantasía, que define la bondad visionaria de algunos espiritus, capaces de mantener los ojos igualmente abiertos a la tierra y al cielo. Por eso su literatura no tiene nada programático y, sin embargo, resulta siendo también una protesta, por la excelente calidad de su alma y por su lograda virtud estética más que por ninguna ideología.

Fuerza y ternura se unían en su arte de narradora, de los más consumados entre nosotros, y se concertaban también en su personalidad, tan suave como decidida en las esferas de la acción reservada a su carácter.

A nadie quiso herir. Ella situaba, con sabiduría clásica, los valores humanos en una perspectiva que anhelaba envolver las mudanzas del tiempo en una infinitud de sentido. Con su lupa de naturalista a lo Fabre, su gesto humanizador llegaba a las hierbecillas y a los insectos. Su arte de vivir se fundó en la bondad, que no excluye la disonancia ni la rebeldía. Mas, por lo mismo que esa bondad estaba siempre viva, anulaba en ella toda soberbia intelectual o moral y se traducía en irradiación espiritual verdadera. Su obra, dura, rugosa, como las parras de su tierra natal, está toda impregnada de esa fuerte dulzura.

La Sociedad de Escritores de Chile, que ella presidió y de la cual fue directora en varios periodos, no olvidará el afecto moderador de su amistad, la claridad de sus actitudes, la silenciosa virtud de su afán de servir.

Luis Oyarzún

Discurso pronunciado en nombre de la SECh, en los funerales de la escritora.